

en una vehemente declamacion à los Jueces, con que termina aquel Discurso: *Para que es (les dice) fatigarse en buscar con tanta sollicitud los hechiceros? Yo, Jueces, os mostraré al punto donde están. Ea, prended los Capuchinos, los Jesuitas, todos los Religiosos, ponedlos en la tortura, y vereis como confiesan, que han incurrido en el crimen de hechicería. Si algunos negaren, reiterad el tormento tres, y quatro veces, que al fin confesarán. Raedles el pelo, exorcizadlos, repetid la ordinaria cantinela, de que el demonio los endurece: proceded siempre inflexibles sobre este supuesto, y vereis como no queda alguno, que no se rinda. Hartos hechiceros tenéis ya; pero si quereis mas, prended los Prelados de las Iglesias, los Canonicos, los Doctores: con la misma diligencia lograreis que confiesen ser hechiceros, porque como podrá resistir à la tortura esa gente delicada? Si aún deseais mas, venid acá, yo os pondré à vosotros mismos en la tortura, y confesareis lo mismo que aquellos: atormentadme luego vosotros à mí, y haré sin duda lo proprio. De este modo todos somos Hechiceros, y Magos.*

101 Yá veo, que tan vehemente declamacion no es generalmente adaptable à todos los Jueces, que entienden en semejantes causas; si solo à los que proceden con la consideracion con que procedían los de aquel Tribunal, ò Tribunales, que el Padre Spe tenia presentes. Tambien es cierto, que en las acusaciones de hechicería, mucho mas que en las de otros delitos, hay el riesgo de que la tortura haga perecer à infinitos inocentes. A todos los discretos consta sobre quàn ridiculos fundamentos sueña la mentecatez de la plebe hechiceros, y brujas, y con quánta facilidad, supuesta aquella persuasion, se congregan testigos, que depone, como cierto lo que soñaron. Con que si se tropieza con Jueces poco cautos, y que están encaprichados, como el rustico Vulgo, de la multitud de hechicerías, se sigue el ripio ordinario de la tortura, y es oprimida como delinquente la inocencia. Donde se debe advertir, que à los falsamente acusados que por debilidad condescienden al interrogatorio, contra el testimonio de su conciencia, se añaden muchos, que se confiesan reos por ilusion, ò fatuidad. Esta ilusion es contagiosa, y se multiplica infinitamente,

to, quando anda algo ardiente la pesquisa sobre hechicerías. Tanto se amontonan las brujas donde hay pesquisidores cavilosos, como las energumenas donde hay conjuradores porfiados.

102 Pero sin embargo de que en tales acusaciones, por ser frecuentemente mal fundadas, es mayor el riesgo de la inocencia oprimida del dolor de la tortura; quanto es de parte de esta, el mismo peligro subsiste, respecto de los que son acusados en otra qualquiera especie de delitos. Quiero decir: Si uno por falta de valor confiesa en el tormento el crimen de la hechicería, que no cometió, del mismo modo confesará el de homicidio, el de sacrilegio, el de hurto, el de adulterio, siendo falsamente acusado de ellos. Asi la experiencia del docto Jesuita Alemán sobre la falencia de la tortura en el examen de hechiceros, y brujas, prueba identica, y generalmente su falencia en la averiguacion de otros qualesquiera delitos.

## PARADOXA XI.

*La muerte, por lo que es en sí misma, no se debe temer.*

103 **H**AY un temor de la muerte bien fundado, y saludable; otro mal fundado, y nocivo; otro indiferente, porque es natural, y solo la nimiedad puede hacerle vicioso. Teme con razon, y utilmente la muerte el que la contempla como tránsito à la eternidad: temela naturalmente el que la mira como termino de la vida: temela sin razon el que mirandola en sí misma, prescindiendo de todo lo que la precede, ò la sigue, la imagina dolorosissima. (a)

Es-

(a) 1. El Marqués de S. Aubin (*Traité de l'Opinion*, Tom. 5. lib. 6. cap. 6.) subió de punto la Paradoxa, que propuse en el numero citado; pues su asunto es, no solo, que la muerte carece de dolor, mas que causa deleyte. El sentimiento de morir, dice, ha sido com-

pa-

104 Esta imaginación, aunque transcendente à ignorantes, y doctos, siento que vá muy lejos de la verdad, y así la colocamos en la clase de los errores mas comunes.

parado à la debilidad de un hombre muy fatigado, que se entrega al sueño, en cuyo estado se mezcla mucha duizura. Este es el termino adonde se encamina el apetito, el fin que se propone en su mayor agitación :::: los que han experimentado algunos desmayos, los han hallado, no solamente exentos de dolor, mas aun sazoados con una especie de placer, que nada superficialmente en las tinieblas, en que la alma se sumerge sin repugnancia. Esta es la verdadera idéa que debemos formar de la situacion en que se hallan los que mueren.

2 La verisimilitud de estas conjeturas se confirma con la relacion de los que han sido revocados de las puertas de la muerte, y que por algun accidente han penetrado hasta su intimo conocimiento.

3 No solamente Aristoteles, y Ciceron nos representan la muerte, que proviene de la seneçtud, como exenta de dolor: y Platón en el Timéo, à quien sigue Cardano, afirma, que la muerte, causada por desfallecimiento, es acompañada de deleyte: mas aun las muertes violentas no son desituidas de todo sentimiento de placer.

4 Los Antiguos aprehendian terribilissima la muerte de los ahogados, ò porque creían, que las Almas de los que padecian este genero de muerte, andaban errantes cien años; ò porque imaginando ser el Alma de naturaleza ignea, contemplaban ser su mayor enemigo la agua. Pero tan lejos está ésta muerte de ser dolorosa, que los que han sido retirados de ella medio muertos, han afirmado, que despues de haver perdido enteramente el juicio, no les havia quedado otra sensacion, que cierto placer, que experimentaban en andar arañando en el fondo, de modo, que sentian alguna pena en que los retirasen.

5 Un delinçiente librado con vida de la horca, despues de cumplir con su oficio el Verdugo, decia, que al punto que le havian arrojado de la escala, le pareció ver un gran fuego, y luego unos pasços, ò sitios muy amenos. Otro, cuya cuerda se rompió por tres veces, se quejó, de que socorriendole le havian privado del deleyte de ver una especie de luz, ò resplandor sumamente agradable.

6 Bacón, Chancillér de Inglaterra, refiere, que un Caballero Inglés, que por juguete se ahorcó, para reconocer lo que sentian los ahorcados, siendo socorrido quando ya estaba muy cerca de morir, dixo, que sin sufrir dolor alguno, al principio havia percibido como incendios, luego tinieblas, finalmente colores azules, y pagizos, como se representan à los que caen en desmayo.

El

comunes. No hablamos aqui de los dolores de la enfermedad, que dispone para la muerte, ò la induce, de los quales no se duda, que ordinariamente son muy graves: solo

7 El Baxá Achmet le pidió, y hizo dár palabra al que le havia de dár garrote, que le dexaria gustar la muerte, affoxando la cuerda despues de apretarla, y guardando el quitarle efectivamente la vida para segundo lance. El que mató al Principe de Orange, lloró estando para padecer el suplicio, y rió quando le estaban atenazeando, viendo caer un pedazo de sus carnes sobre uno de los asistentes. Hasta aqui el Autor citado.

8 Por si el Lector desea saber mi dictamen sobre el asunto presente, le satisfaré diciendo lo primero, que en la posibilidad no hallo el menor tropiezo. Supuesto, que al llegar à las puertas de la muerte (lo que es innegable), se perturba mucho el juicio, es consiguiente forzoso, que el cerebro adquiriera entonces una disposicion estraña, y muy preternatural, la qual es causa inmediata de aquella perturbacion: siendo cierto, que el vicio de las potencias pende del vicio de los organos. En las estrañas disposiciones del cerebro es tambien estraña la representacion, y sensacion de los objetos. Y no solo se altera la representacion de los objetos presentes, mas se representan, y sienten muchas veces como presentes los que no existen, y falta la representacion, y sensacion de los existentes. Un delirante está viendo en su imaginacion una corrida de Toros, y no siente la fiebre, que le abrasa: aquella le dá mucho deleyte, y ésta ningun dolor.

9 Yá en otra parte, con observaciones experimentales hemos probado, que todas las sensaciones se hacen en el cerebro, por mas que la imaginacion nos represente, que se exercen en otros organos. Y esta es la causa, por que ni un delirante siente el ardor de la fiebre, ni un apopleçico la punzadura de un alfiler. Pero sea, ò no, esta la causa, el hecho de que por las perturbaciones del cerebro se perciben muchas veces, como presentes, objetos, que no existen, faltando la sensacion de otros que están presentes, es innegable.

10 Puesto lo qual se entiende bien, que en los ultimos momentos de la vida, aun quando la muerte es violenta, se representan resplandores, amenidades, ò otros objetos gratos, faltando al mismo tiempo la sensacion dolorosa del cordel, del fuego, del cuchillo, &c.

11 Sentada la posibilidad, digo lo segundo, que por lo que mira al hecho, se debe estar à la deposicion de los que hicieron la

la

solo pretendemos examinar, si se padece alguno, y qu n grave sea, en aquel momento, en que se separa el alma del cuerpo: generalmente se juzga, que entonces se padece un dolor de muy superior intension   quantos pueden inducir los mas crueles tormentos. Exageranle los Autores en los libros, los Oradores en los Pulpitos; y todo genero de personas en las conversaciones, con este modo de discurrir? Si al arrancar, dicen, una uña del dedo,   un dedo de la mano, se siente un dolor tan agudo, que no hay tolerancia para él,  qu nto mas atr z se sentir  al arrancarse el alma del cuerpo? Aqui se pondera la estrechisima union de estas dos partes del hombre, para representar la di-

la experiencia, especialmente si hacen la deposicion luego que los extraen del riesgo, porque la consternacion, y asombro en que entonces se halla su animo, no d  lugar   que se opongan   fingir fabulas, para entretener los circunstantes. Pero pide esto un examen exquisito, porque puede ser, que no todos, aun en una especie de muerte violenta, tengan las mismas sensaciones,   y  por la diversa disposicion, que en el cerebro de distintos individuos pueden inducir,   la diversidad de los afectos, y mayor,   menor intension de ellos,   ya la diferente constitucion individual de los cerebros. El mayor,   menor terror, mayor,   menor tristeza, apretar mas,   menos el cordel, d r mayor,   menor golpe al caer,   este modo otras muchas circunstancias, pueden alterar diferentemente el cerebro. En efecto, dixome un sugeto, que havia tratado   dos librados de la horca, despues de est r pendientes de ella un rato que ambos afirmaban, que lo unico, que haviam sentido, era un dolor vehementisimo en las plantas de los pies. Tambien puede ser, que en diferentes momentos haya diferentes sensaciones,   molestas,   gratas, y en atencion   esto, será solo aparente la discordia de los testigos, que acaso hablaron de diferentes momentos de aquel tiempo, que duró el suspendio.

12 En orden   la muerte natural no puedo formar otra idea, que la que expresa el Autor citado; esto es, que no hay diferencia alguna entre la sensacion de ésta, y la de un desmayo. Y si al caer el alma en deliquio, se siente algun deleyte parecido al que goza al rendirse al sueño, lo mismo le sucederá al entregarse al sueño de la muerte.

division sensible en supremo grado; al modo que dos amigos, tanto mas sienten apartarse, quanto mas los une el amor;   al modo que dos partes integrantes del cuerpo animado, tanto mayor dolor causan con su division, quanto est n unidas con mas firmeza. A adese, que aquel dolor es general   todas las partes del cuerpo, tanto internas, como externas, porque de todas se arranca el alma: universalidad que no tiene otro ningun dolor; pues aun el que es arrojado en una hoguera, no siente el fuego en las entrañas, quando empiezan   tostarse las partes externas. Con este discurso concluyen que es atrocisimo, sobre quanto se puede imaginar, el dolor que se padece al momento de morir.

105 Yo miro las cosas tan   otra luz, que juzgo aquel dolor imaginario; y el discurso, con que lo prueban, totalmente ilusivo. Es confundir las ideas de los objetos, inferir de lo que pasa en la division de las partes integrales, lo que sucederá en la desunion de alma, y cuerpo: el dolor consiste en la disrupcion del continuo,   en la proxima disposicion para ella. En la desunion del alma, y cuerpo no hay division alguna del continuo.  Luego por qué ha de haver dolor?

106 Es infinito lo que hace errar   los hombres en casi todo genero de materias el uso de unas mismas voces, aplicado   cosas en el fondo muy diferentes. Esta expresion, *arrancase el alma del cuerpo*, alucina   muchos en el asunto que tratamos; es translaticia, y la toman como rigurosa. Con que como experimentan, que de nuestro cuerpo no puede arrancarse, no solo alguna parte suya la mas menuda, mas aun qualquier cuerpo forastero, que se haya introducido en él, pongo por exemplo una flecha, sin causarle grandolor, llevados puramente del sonsonete de la voz, pasaron   imaginar lo mismo de la separacion del alma. Es el alma un espiritu puro, que ni se pega al cuerpo con cola, ni se ata con cordales, ni se une con fibras, ni se fixa con clavos, ni se enreda con raices. En fin, su modo de union es in-

incomprehensible à toda nuestra Filosofia, y à proporcion, à su desunion no corresponde voz especifica en nuestro idioma. Lo que no tiene duda es, que la expresion *arrancarse* es metaphorica. Con menos impropriedad, mas nunca con propiedad, se diría, que se evapora, que se disipa, que se exhala. Este es un movimiento supremamente insensible, porque de parte del cuerpo no hay alguna resistencia. Continuamente estamos exhalando vapores de todas las partes de él, sin que esto nos cueste algun dolor. ¿Por qué? Porque teniendo los vapores, por su delicadeza, y tenuidad, en los poros del cuerpo franca puerta, no hallan resistencia alguna para la salida, y se evita todo encuentro, ò choque de ellos con las partes sólidas. ¿Qué encuentro, ò qué choque, pues, se puede imaginar en la salida del alma, la qual es infinitamente mas sutil, y delicada, que los mas ténues vapores?

107 Miremos el objeto à otra luz. Doy que el movimiento del alma, al salir, fuese un violento arranque, que desbaratase las entrañas, è invertiese toda la organizacion interior. Digo, que aun supuesto eso, sería ninguno, ò levisimo el dolor, que ocasionaría en el cuerpo. La razon es, porque en aquel ultimo estado de la vida están todas las facultades extremamente lánguidas, por consiguiente son sumamente remisas todas sus operaciones: luego la sensacion de dolor, que es una de ellas, será como las demás, sumamente remisa. Así, aun quando de parte del agente se exerciese fuerza capaz de producir un gran dolor, de parte del sugeto no hay capacidad para sentirle.

108 Yo me imagino, que desde algunos momentos antes de morir empieza una media muerte, un estupor, un aturdimiento, un letargo, donde no cave advertencia, ò reflexion alguna; y es de creer, que entre el dia de la vida, y la noche de la muerte média (digamoslo así) un estado de crepusculo, cuya obscuridad vá creciendo, à proporcion que la noche total se vá acercando.

De-

Debe tenerse presente lo que hemos dicho en el Disc. VI del Tomo V, sobre la incertidumbre del momento en que se termina la vida.

109 Hasta aqui hemos hablado de la muerte natural. Con esta coincide la violenta, que es paulatina; porque el que, habiendo recibido una herida mortal, muere dentro de tres, ò quatro dias, se há del mismo modo que el que muere de una enfermedad aguda.

110 La muerte violenta acelerada, que tanto horro- riza, es la menos dolorosa de todas. Estoy por decir que apenas se siente en ella dolor alguno, ò solo es instantaneo, porque la operacion de la causa, que la induce, al momento quita el sentido. Se sabe de algunos, que habiendo caído de alguna altura considerable, quedan por un rato como difuntos, los quales, volviendo despues en sí, afirman, que no sintieron el golpe que dieron en tierra. El gran Chanciller Bacon refiere de un Caballero, que nimiamente curioso de saber que sentian los ahorcados al padecer el suplicio, quiso experimentar en sí mismo. Para este efecto, habiendose puesto sobre una mesita, y ajustandose al cuello un lazo, que havia colgado del techo, se arrojó al ayre con la intencion de restituirse, quando le pareciese, à la mesita, la qual estaba en la debida proporcion para lograrlo: pero el buen Caballero no havia echado bien sus cuentas; y si uno, que estaba presente, à quien él havia comunicado el designio, no huviera, viendo que yá el juego duraba mucho, acudido à cortar el cordel, tan ahorcado huviera quedado, como los que son por mano del Verdugo. Es el caso, que, como él despues refirió, desde el momento mismo que el cuerpo quedó pendiente del lazo, perdió la advertencia, y el sentido: ni memoria de mesita, ni conocimiento del peligro, en que se hallaba, ni aun sensacion del dolor, ò sufocacion.

111 Esto mismo creo firmemente sucede à todos los que son ajusticiados, ora lo sean con horca, ò con garrote, ò con cuchillo, y generalmente à todos los que padecen muerte violenta tan pronta como la de aque- llos,

llos, solo pueden sentir un dolor instantaneo, porque perdiendo el sentido desde el momento mismo que reciben el golpe fatal, todo el tiempo que resta hasta la separacion del alma, son troncos, mas que hombres. Ni obsta, que en ese tiempo intermedio se les vea tal vez hacer algunos movimientos, porque son puramente maquinales, y en ningun modo imperados por la voluntad, o dirigidos por la razon.

112 De esta regla general no excluirémos, ni aun à los que son quemados vivos. Este es un genero de suplicio, que horroriza extremamente à todo el mundo, concibiéndose generalmente, que aquel miserable, que es arrojado en una hoguera, está sintiendo el atrocísimo tormento del fuego hasta que rinde el aliento ultimo. Pero yo siento, que nada siente, siendo imposible, que no pierda enteramente el sentido desde el momento que es arrojado en medio de las llamas. Ni puedo concebir, que dure en él la percepcion de dolor mas tiempo, que el de un minuto segundo.

113 Tengo probado el asunto; pero ahora me resta satisfacer un reparo, que puede hacer el lector, el qual acaso notará, que esta Paradoxa no debió colocarse entre las Politicas, ò Morales, si solo entre las Physicas, porque la decadencia de facultades, y falta de sentido al tiempo de morir, son objetos puramente filosoficos. A que respondo, que debe distinguir la materia de la prueba de la esencia del asunto. El asunto, que consiste en el Theorema de que la muerte, por lo que es en sí misma, no se debe temer, ò que el temor de la muerte, considerada de este modo, no es razonable, ni bien fundado, es puramente moral, pues derechamente impugna una desordenada pasion del alma. Las pruebas es verdad que se toman de la Filosofia; pero esto sucede à cada paso en otras materias morales. Quando se trata de la disolucion de un matrimonio por defecto de potencia, todas las pruebas son physicas. Quando se questiona, si tal agua puede ser materia del Bautismo, el examen de si es verdadera agua natural, unicamente pertenece à la Filosofia.

Pe-

114 Pero mucho mas moral es la Paradoxa, por el fin con que la he propuesto, que por su materia propia. Es un punto este en lo moral de gravísima importancia. Conviene mucho desterrar este terror panico, esta funesta imaginacion de los atrocísimos dolores de la muerte. A cada paso se vén moribundos (hablo de lo que he visto, y experimentado) extremamente afligidos con esta idéa, no tanto por lo que es en sí mismo el tormento, que esperan, quanto por una trágica resulta, que temen. Figuraseles, digo, que siendo aquellos dolores terminativos de la vida tan intensamente feroces, les ha de faltar enteramente la resignacion, y la paciencia, à que se seguirá prorrumpir en furiosos actos de desesperacion. Esta congoja los altera de modo, que apenas pueden aplicar la atencion debida à las disposiciones christianas para morir bien, y aun los pone en riesgo de desconfiar de la Divina piedad. Aun à muchos sanos de buena vida he visto afligidísimos con este pensamiento.

*O genus attonitum gelida formidine mortis!*

115 Supongo, que es un excelente antidoto para ocurrir al remedio aquella sentencia de San Pablo: *Fidelis autem Deus est, qui non patietur vos tentari supra id quod potestis.* Sería sin duda concebir à Dios, no como un Padre misericordiosísimo, ni como Dios, sino como un cruelísimo tyrano, pensar, que en aquel momento, de quien depende la eternidad, es puntualmente quando aprieta los cordeles, hasta poner al alma en punto, ò en riesgo proximo de desesperacion. Lo que dicta la Fé, y aun la evidencia de la luz natural, es, que nunca su bondad permitirá, que el rigor de la tentacion supere la fuerza de la alma para resistirla. Es, como digo, esta reflexion un excelente antidoto. Con todo, si no es aplicado por un director de eloquente, y persuasiva eficacia, suele no sosegar las fluctuaciones del espiritu. Así conviene mucho tener bien persuadidos à sanos, enfermos, y moribundos, de que esos atrocísimos dolores, que acompañan la muerte, son imaginarios.

Tom. VI. del Theatro.

E

APEN-

## APENDICE.

116 **H**E notado à veces desconsolados los asistentes, quando en los moribundos, constituidos en las ultimas agonias, observaron algunos extraordinarios, ò irregulares movimientos, temiendo, ò creyendo, que aquella agitacion provenga de algun acto de impaciencia, en que han prorrumpido. Digo, que no hay que temer en este caso: yá porque es muy creíble, que aquellos movimientos sean meramente maquinales: yá porque, aunque no lo sean, nada de malo arguyen. En aquella proximidad de la muerte, quando no esté perdido el sentido, está por lo menos tan débil el uso del discurso, ò tan anublada la razon, que carece el alma de la libertad necesaria para pecar, à lo menos gravemente. No hay ebrio alguno, no hay sugeto, que al salir de un profundo sueño, esté tan atolondrado, como lo está un moribundo colocado en aquella situacion.

117 Finalmente, asi por lo que mira à este Apendice, como por lo que toca al asunto principal, quiero dár el ultimo, y eficacisimo consuelo à los que temen, que los dolores de la muerte ariesgan la salud del alma. Doy que aquellos dolores sean verdaderos, y sean atrocisimos, ¿havrà algun peligro de que el moribundo apretado de ellos cayga en pecado grave de impaciencia, ò en otra alguna culpa mortal? Resueltamente afirmo, que ninguno. Por el mismo caso que los dolores sean desafortadamente intensos, quitan todo riesgo de pecar, porque perturban la razon, y quitan la libertad. Esto es comun à toda pasion violentisima, como saben Filósofos, y Theólogos. Virgilio, que tuvo muy buen juicio, le hizo de que le havia privado enteramente de él à Corebo el dolor de vér aprisionada por los Griegos à su amada Casandra.

*Non tulit hanc speciem furiata mente Corabus,  
Et sese medium injecit moriturus in agmen.*

PA-

## PARADOXA DOCE.

*Es vano, y futil el cuidado de la fama postbuma.*

118 **N**ingun apetito mas irracional cabe en el hombre, que aquel que dirige à objeto, del qual nunca puede gozar. Tal es el deseo de que su nombre sea glorioso en el mundo despues de su muerte. Muerto el hombre, muere para él todo lo que queda por acá. ¿Qué importará, que todo el Orbe se deshaga en aclamaciones de sus prendas? El humo de ese incienso todo se lo lleva el ayre, sin que à él le toque parte alguna. Tanto sentirá los aplausos de su virtud, como una estatua el que alaben su perfeccion, ò un edificio el que celebren su grandeza. Si sus obras fueron agradables à Dios, y está en la region del descanso, se complacerá de haver dexado al mundo buen exemplo. Todo lo que saliere de esta esfera, por mas que lo celebre el mundo, de nada le servirá. O despreciará, ò ignorará, los elogios que le tributan los mortales. ¿Qué comodidad, ò qué placer lograrán hoy Alexandro, y Cesar de ser aplaudidos en el Orbe por los dos mas illustres guerreros? ¿Homero, y Virgilio de ser celebrados por los dos mas insignes Poetas? ¿Demosthenes, y Ciceron de ser admirados por los dos mas eloqüentes Oradores? Acaso ignoran enteramente lo que por acá se dice de ellos; y si lo saben sin duda lo saben para mayor tormento suyo. Ciertamente fue un gran loco Empedocles, si, como refieren algunos, se precipitó en las llamas del Etna, para que, no hallando los hombres su cadaver, creyesen havia subido al Cielo, y le adorasen como Deidad. Mas al fin, aquel Filósofo, como seguia el dogma Pythagorico de la transmigracion de las almas, creía, que la suya, colocada sucesivamente en otros cuerpos, veria con gran placer suyo los esperados cultos. Pero quien sabe, que quando muere, sale de esta region para no volver mas

E 2

à ella, ¿qué se le dá de que los hombres le adoren, ò le olviden? Asi, mucho mas loco que Empedocles, fue el Emperador Adriano, que, sin creer la metempsicosis, erigió Templos, y Aras, constituyo Sacerdotes, y víctimas à su infame Idolillo el difunto Antinoo. ¿Qué le serviría toda esa pompa à aquel desgraciado muchacho? Lo mismo digo de la apotheosis, ò ridicula deificación de los Emperadores Romanos. Vespasiano, aunque la esperaba, hizo el escarnio debido à ella, quando para significar à los circunstantes, que conócía se acercaba el término de su vida, dixo con irrisión festiva: *Siento que ya me voy convirtiendo de hombre en Deidad.*

119 Que los hombres gusten vér aclamado su nombre mientras viven, es naturalísimo: se lisonjean de lo que gozan; pero que con ansia deseen los honores posthumos, de los quales no han de gozar, no cabe sino en una desordenada fantasía. Ovidio pintaba à Sapho muy complacida de vér celebrada su musa en todo el Orbe.

*As mihi Pegasides blandissima carmina dicant:*

*Jam canitur toto nomen in Orbe meum.*

Hasta aqui bien, porque hablaba en nombre de la misma Sapho, quando ésta vivía, y quando por consiguiénte percibía, y gozaba los aromaticos humos de aquellas aclamaciones. Pero razonaba muy mal, quando hablando de Hercules, y Theséo, ponía por contrapeso de la muerte de estos Heroes, ò por un equivalente ventajoso de su vida, el aplauso, que tributaba el mundo à su memoria:

*Occidit & Theseus, & qui tumulavit Orestem.*

*Sed tamen in laudes vivit uterque suas.*

120 Los elogios de los muertos solo se los gozan los vivos. Los parientes, los amigos, la patria se reparten entre sí toda esa apacible aura, sin que el menor soplo de ella vuele à la region donde habitan. los que ya sa-  
lic-

lieron de ésta. Para los muertos no hay más de una dicha, y esa depende de morir bien. *Beati mortui, qui in Domino moriuntur.*

## PARADOXA TRECE.

*No hay hombre de buen entendimiento, que no sea de buena voluntad.*

121 **C**Reo, que quantos mortales hay del Oriente al Poniente, y del Septentrion al Mediodia, extrañarán esta Paradoxa, como una de las mayores quimeras, que pueden soñarse en materia de Ethica. Ninguno havrá, que no asegure haver visto, y tratado alguno, ò algunos sugetos de bellissima capacidad, y de perversa inclinación. Yo al contrario, protesto, que nunca he visto alguno tal: no solo esto; pero juzgo tan cerca de imposible el que haya alguno, que si se encontráre, se debe reputar por monstruo.

122 Por hombres de mala voluntad (porque no nos equivoquemos) entiendo aquellos, en quienes reynan vicios perjudiciales à la humana sociedad, los malignos, los desapiadados, los reboltosos, los usurpadores, los embusteros, generalmente todos los que atentos unicamente al gusto, ò al provecho proprio, miran con desafecto, ò por lo menos con indiferencia, el bien del proximo, y aun del publico.

123 A un entendimiento claro tan vivamente se representa la fealdad, la torpeza, la disonancia, que tiene con la naturaleza racional, el hacer voluntariamente mal un hombre à otro, que exceptuando uno, ò otro caso, en que alguna pasion violenta le perturbe, parece imposible que dexé caer à la voluntad en los vicios, que derechamente son ofensivos del proximo. De aqui es haver visto algunos reputados por Atheistas, los quales, sin embargo de no esperar, segun su erronea preocupacion, casti-